

# Cómo Tener Museos

PARIS, (10, Dic.) — Sin duda alguna, no hay cátedra tan eficaz como la que, de por sí, constituye un museo de arte. Europa nos muestra francamente cuán beneficiosas para la cultura general —y también para la sedimentación de esa fuerza que se denomina tradición— son esas colecciones de cuadros, esculturas, trajes, muebles, etc., que cada ciudad importante del viejo continente sostiene como una verdadera escuela popular. Niños, ancianos, pobres, ricos, sabios, ignorantes, desfilan por dichas universidades de maestros silenciosos y eternos, y reciben así, generación tras generación, las inagotables enseñanzas de la belleza y la verdad. No es falso que un museo contagia la sabiduría, la difunde como un sol a toda una población.

Por saber este provechoso efecto de los museos sobre la muchedumbre es que al cronista se le ha planteado un interrogante: ¿cómo hacer para tener, en países nuevos como el Perú, esos centros de educación cultural? Nosotros —qué duda cabe— podemos crear admirables museos con las obras de nuestros antepasados prehispánicos, con la pintura y la imaginería de la época colonial, con bastantes de las creaciones de nuestros artistas contemporáneos. Para lograr esto sólo debemos darle tiempo, es decir, esperar el advenimiento de una era de buena organización nacional. Pero, ¿cómo establecer, en Lima y en provincias, museos que, por ejemplo, exhiban la pintura universal de ayer y de hoy, la cual, aparte de ser astronómicamente cara, es casi imposible hallar en venta?

La respuesta la vienen a dar ciertas recientes técnicas de la industria gráfica. A la manera del que actualmente tiene la Universidad de San Marcos, podemos fundar aquí y allá museos de reproducciones. Y que no se mesen los cabellos los apresurados defensores de la autenticidad. La técnica gráfica moderna deja enteramente a salvo la lealtad de la copia al original hasta un punto increíble. Tres sorprendentes métodos existen en Francia para multiplicar un cuadro sin que los duplicados pierdan un ápice de la calidad primordial del modelo.

El primer sistema —el más antiguo— es el Aeply. Se origina en una fotografía de la tela, tomada sobre una placa previamente recubierta de una materia especial que acusa los relieves —trama, pasta, consistencia, etc.— de la superficie del cuadro. Después, según la clase de obra, vienen los colores, impuestos a la reproducción conforme diferentes medios. En seguida, se realizan los retoques, hechos a mano, con severa y ciudadosa prolijidad. El sistema requiere dos meses de trabajo por cada lienzo, lo cual reduce el tiraje. Añádase a esto el inconveniente que representa la obtención de los preciosos originales.

Un segundo procedimiento es el de Kordally. Consiste en volver inalterable un heliograbado en colores colocado sobre un bastidor de material plástico. En él, un barniz grueso adopta los relieves de la tela reproducida. El "realismo" de estas copias es asombroso, pero ellas tienen una desventaja. Debido al costo del heliograbado, el precio de cada una resulta un tanto alto.

Mejor fortuna ha comenzado a tener el tercer sistema, conocido con el nombre de su inventor: Jacomet. Aunque sirve para toda clase de pinturas, es extraordinario en el campo de la acuarela y la "gouache". Inicialmente se trata de una fotografía sobre un estarcido, en la cual, debido a la naturaleza de los originales, el retoque queda reducido al mínimo. La mano de obra, en consecuencia, no es fundamental, y costo y edición se hallan así en proporción indirecta. Por cierto, la única dificultad es la de conseguir, de museos y colecciones particulares, los cuadros a copiar.

¿Y cuánto vale cada una de estas piezas? Eso es lo que, en verdad, autoriza a pensar que se podría costear, por medio de un plan bien elaborado, un museo para cada capital de provincia del Perú, y más aún, contando para ese fin con un presupuesto modesto. Un cálculo promedial arroja que cada cuadro reproducido por el método Jacomet cuesta alrededor de 15 mil francos, es decir, 750 soles. Se trata de una suma que está muy por debajo del gran provecho cultural que de tales versiones artísticas se puede extraer. Malraux, el más agudo crítico y teórico del arte que hay hoy en el mundo, ha comparado estas copias a los antiguos "cuadros de taller" que, bajo la dirección del maestro, los alumnos realizaban, muchos de los cuales bien podrían llevar la firma del genio que los inspiró.

**Sebastián Salazar Bondy**